

SARMIENTO, MAESTRO DE ENERGÍAS

El hallazgo del acta bautismal de Sarmiento hecho poco tiempo antes de celebrar el centenario de este patricio, puso en claro dos detalles sobre los cuales existían dudas: el primero respecto de la fecha del nacimiento que correspondía al 14 de febrero de 1811 y no al 15, día este último en el que se festejó familiarmente en vida; el segundo rectificó los nombres « Domingo Faustino » por él usados. En esa acta constaba que el segundo de los nombres no era « Faustino » sino « Valentín ». Estos dos detalles fijaron datos con exactitud oficial, y nada más, porque Sarmiento ilustró con los hechos que tejieron su vida, los nombres que él quiso usar, sin detenerse a averiguar si constaban en actas bautismales y acaso sin importarle nada que fuesen diferentes. El bautismo cívico de las vidas patriicias es un sacramento de gracia especial, cuyo signo sólo es sensible por la obra constante y positiva del carácter expresado en una vida entera. El acta bautismal con sus constancias ahora conocidas, no logrará ya modificar los nombres que Sarmiento se consagró en vida.

Los cien años del nacimiento de Sarmiento se integraron en una época de paz y de intensa labor social, cuando aún no habían desaparecido del escenario muchos de los hombres que fueron sus contemporáneos, que lo conocieron, que le trataron íntimamente o que con él pugnaron por realizar ideales, fijar doctrinas o proclamar principios.

Las nuevas generaciones que empiezan a constituir la posteridad de los argentinos que actuaron en el siglo XIX, van en-

contrando en el camino mármoles y bronce de beneméritos de la patria, erigidos por los contemporáneos; pero ninguno de esos beneméritos será para la juventud del presente más familiar ni más merecedor de homenajes que Sarmiento. Aparte del recuerdo que los jóvenes llevarán a la alta vida, el clamoreo glorioso del pasado que enaltece a Sarmiento desde las aulas de la escuela primaria hasta los consejos de gobierno, les indica que éste es un Padre de la Patria, un maestro de maestros formado en el áspero camino de la vida, una autoridad inconfundible afirmada por ella misma en todos los momentos, templada por un largo sufrimiento, reconocida por adversarios y compañeros en la brega, y proclamada por sus conciudadanos.

Esto demuestra que la justicia social sobre los merecimientos de este patricio se ha hecho sin retardo ni hesitación, adelantándose el espíritu público con voluntad dominadora al clásico concepto de la posteridad, cual si se hubiera querido en este impetuoso rodar de la vida argentina, situar estas vidas de privilegio espiritual, cual faros de luz perenne para que la columna nacional no llegue en ningún momento a abandonar la huella segura y recta de sus destinos y se cumpla lo que aquél vaticinó: que el Supremo Hacedor a la consumación de los siglos discierna sin mancha la bandera blanca y celesté de nuestro bautismo, «entre el polvo de los pueblos en marcha, acaudillando cien millones de argentinos, hijos de nuestros hijos hasta la última generación...»

Averigüemos en esta fecunda vida de estadista y educador algunos episodios ejemplares.

Fué Sarmiento uno de los grandes hombres de la República Argentina: nació con ella; encarnó el íntimo sentir de las muchedumbres a través de tiempos diversos; enalteció la nativa bravura del espíritu y el indomado anhelo democrático del pueblo; ennobleció la lealtad cívica del pensamiento con la acción, de la idea que concibe con la fuerza que ejecuta; dirigió a la Nación con los atributos del mando supremo cuando aún no se habían extinguido las turbulencias de las pasiones del caudillismo; vigiló al pueblo como un celoso pastor de almas, dotándolo con todas las armas indispensables para sus victorias, y ya próximo a su fin, pensando en la medida de las cosas y en los

símbolos que debían adornar su tumba, como que sería la tumba de un servidor eficiente a las causas de la patria, exclamó : « ¿Dónde me meterán ? », y temeroso de que un sentimiento de piedad familiar pudiera sobreponerse al deber de todos y de la Nación, y colocaran sus restos bajo la columna truncada que corona el sepulcro de un hijo malogrado, protestó diciendo : « ¡ Vayan a encerrar bajo esa columna rota los restos de un viejo que dió todo lo que tenía que dar, bueno o malo, que llenó todos los destinos humanos y vivió hasta alcanzar las consecuencias remotas de sus primeros actos ! »

No vió entonces que cuando se extinguiese su vida física, encarnaríase su espíritu inextinguiblemente en la vida argentina, que cada generación balbucearía su nombre y exaltaría su acción, y que no necesitaba sepulcro quien había de vivir en el corazón de los hombres de su patria en tanto existieran aquellos y ésta.

Sarmiento nació con la República un año después que los patricios de Mayo discutieron con los representantes del monarca español sobre los derechos que tenían estos pueblos a darse el gobierno que exigían los tiempos nuevos. Nació en un mísero barrio suburbano de una aldea andina. Su familia era una rama pobre de tronco adinerado y de vasta figuración en la vida colonial.

Él mismo, en páginas de una frescura admirable, nos ha legado preciosas informaciones acerca de su infancia : « He nacido en una familia que ha vivido largos años en una mediocridad muy vecina de la indigencia, y hasta hoy es pobre en toda la extensión de la palabra. Mi padre es un buen hombre que no tiene otra cosa notable en su vida que haber prestado algunos servicios en un empleo subalterno en la guerra de la Independencia. Se halló en la batalla de Chacabuco y por la exaltación patriótica le dieron sus contemporáneos el apodo de « Madre Patria ». Mi madre es el verdadero tipo del cristianismo en su acepción más pura : la confianza en la Providencia fué siempre solución a todas las dificultades de la vida. »

A la edad de cinco años ingresó en una escuela de la Patria. El hecho ocurrió el mismo año en que el Congreso de las Provincias Unidas reunido en Tucumán, proclamó ante el mundo

la independencia argentina. Esas escuelitas fundadas por impulso de los patricios de Mayo, recibieron la inmensa misión de iniciar en la vida espiritual a los ciudadanos de la nueva nación: «Se enseñaba a leer muy bien — recuerda el alumno ya hombre, — a escribir, aritmética, álgebra y los rudimentos de religión. La parte moral era cuidada con un esmero de que no he visto ejemplo después en escuela alguna. Mi padre y los maestros me estimulaban desde muy pequeño a leer, en lo que adquirí cierta celebridad por entonces, y para después una decidida afición a la lectura, a la que debo la dirección que más tarde tomaron mis ideas. Cuando he escrito sobre educación, he manifestado mi firme creencia de que la perfección y los estímulos en la lectura, pueden influir poderosamente en la civilización del pueblo. »

Sobre la autorizada palabra de Sarmiento está como ejemplo, a ese respecto, la vida del mismo que afirma rotundamente su firmísima creencia.

La lectura, para él como para muchos que se han educado a sí mismo, fué la llave que le abrió todos los horizontes, que le dió la posesión del espíritu humano vigorizado por la experiencia y la ilustración de millones de antecesores remotos que florecieron en diversos climas, países y épocas. Sarmiento, joven, leía con una pasión dominadora cuando nadie tenía templado el gusto para semejante tarea intelectual ni encontraba un sano entretenimiento en ello. Leía todo cuanto llegaba a sus manos, entregándose por entero a esa noble tarea, de tal manera impresionante, que él mismo nos ha contado los temores que ese su afán despertó en el espíritu intranquilo de una beata sanjuanina :

«Una señora beata — nos cuenta — pasaba por mi tienda todos los días a misa y siempre me encontraba leyendo, con cuyo motivo decía a un amigo : — « Este mocito ha de ser libertino. » — ¿ Y por qué, señora ? — Porque hace ya un año que todos los días y a cualquier hora que pase, está siempre leyendo, y no han de ser libros buenos los que lo tienen tan entretenido... »

El episodio basta para retratar una época. Los sucesos alcanzaban a los hombres y perturbaban el espíritu de los jóvenes.

Era una época revolucionaria. La convulsión social y política conmovería aún por medio siglo todos los hogares. El canto sublime de la patria :

Se levanta en la faz de la tierra
una nueva y gloriosa nación,

no enardecía solamente a los guerreros. Todos vislumbraban un destino en la tierra que los había visto nacer, y ese destino reclamaba grande esfuerzo. La libertad no era entonces una palabra de vanas resonancias: era también arma que los patriotas esgrimían contra cualquier poder extraño, en tanto que sonaba a estímulos poderosos en el interior de los hogares, tan poderosos que la obra común de todos los gobiernos que se sucedieron desde la Junta de Mayo, fué la de armar el brazo de los hombres y sembrar el país de escuelas. El sagrado afán de ilustrarse despertó entonces, y lo sirvieron hasta los generales de la revolución con sus emolumentos, fundando y dotando escuelas donde se educaran los niños que habían de ser ciudadanos y servidores de la nueva patria.

Un sacerdote, el presbítero José Oro, completó la educación de Sarmiento, templando su espíritu varonil: « Me enseñó latín y geografía — dice — y de nada se cuidaba más que de formar mi carácter moral y de instruirme en los fundamentos de la religión, y en los acontecimientos de la revolución de la independencia, de la que él había sido actor. Creo deberle a él una gran parte de mis ideas generales, mi amor a la patria y principios generales, porque era muy liberal sin dejar de ser muy cristiano. »

Fué el tal sacerdote un hombre que mereció el honor que más tarde, en el coronamiento de la vida, le dispensara su discípulo. Los sacerdotes y los jóvenes argentinos pueden provechosamente reflexionar sobre el carácter de aquel que había de resultar el antecesor moral de nuestro estadista.

— « Mi inteligencia — agrega Sarmiento — se amoldó bajo la impresión de la suya, y a él debo los instintos por la vida pública, mi amor a la libertad y a la patria, y mi consagración al estudio de las cosas de mi país, de que nunca pudieron distraerme ni la pobreza, ni el destierro, ni la ausencia de largos

años. Salí de sus manos con la razón formada a los quince años, valentón como él, insolente contra los mandatarios absolutos, caballeresco y vanidoso, honrado como un ángel, con nociones sobre muchas cosas y recargado de hechos, de recuerdos y de historias de lo pasado y de lo de entonces presente, que me han habilitado después para tomar con facilidad el hilo y el espíritu de los acontecimientos, apasionarme por lo bueno, hablar y escribir duro y recto, sin que la prensa periódica me hallase desprovisto de fondos para el despilfarro de ideas y pensamientos que reclama.»

Habíanse identificado dos almas. El maestro, hombre de vasta experiencia, de vida integralmente vivida, había transmitido al discípulo la savia del carácter, toda la bravura de la conducta libre de escrúpulos y de sombras.

Pero, ¿cómo un sacerdote, ministro de mansedumbre, pudo sellar un alma cívica, preparándola para los entroveiros de la brega popular y democrática?

Durante la colonia, los hombres no podían elegir el campo de sus actividades. El sacerdocio era un honor al que sólo alcanzaban los miembros de las primeras familias. Fuera de ese campo, se extinguían las aspiraciones en un ambiente de vasta mediocridad. No se consultaba entonces el fondó de las almas, que a haberse consultado, ese sacerdote habría sido un político de fecundas ideas, un educador de muchedumbres, un director, un guerrero acaso. Lo prueba estos sus rasgos, firmemente característicos, recogidos por el ilustre discípulo:

«Era insigne domador, de apostárselas a don Juan Manuel de Rosas, y a la fiesta del «acequión» descendía de las montañas donde tenía su hacienda de ganados de «Los sombreros», cabalgando un potro, garantidas sus piernas por espesos guardamontes que le permitían salvar barrancos y esteros, y arremeter con los altos y tupidos espinos que embarazan el tránsito en nuestros campos. La energía de su físico le acompañaba hasta su vejez, y una vez le vi coger a un español cuadrado y hacerlo rodar diez varas por el suelo. Era valiente y se preciaba de serlo, gustaba de las armas, y una chapa de pistolas adornaba siempre la cabecera de su silla. Vestía de paisano con chaqueta, y no rezaba el breviario por concesión especial del

Papa. Gustaba con pasión de bailar, y él y yo hemos fandanguado todos los domingos de un año enredándonos en pericones y contradanzas en San Francisco del Monte, en la sierra de San Luis, en cuya capilla, estando él de cura, reunía por las noches después de la plática de la tarde, las huasitas blancas y morenas, que las hay de todo pelaje y lindas como unas Dianas, para domesticarlas un poco porque ningún pensamiento deshonesto se mezcló nunca a estos recreos inocentes. Tenía un profundo enojo con la sociedad, de que huía, no viéndosele en la ciudad sino en la fiesta de Santo Domingo o en el púl-pito... »

La influencia de este hombre extraordinario en su medio, con su investidura sacerdotal, había de dejar una huella profunda e imborrable en el discípulo. No solamente tomaría éste sus modalidades, reformándolas según los ambientes en que le tocara actuar, sino el fondo de sus sentimientos en el campo de los afectos, como lo hemos de ver.

« Salvo la vivacidad turbulenta de su juventud — recuerda Sarmiento — que yo fuí siempre taimado y pacato, su alma entera transmigró a la mía, y en San Juan mi familia, al verme abandonarme a raptos de entusiasmo, decía: « Ahí está don José Oro hablando », pues hasta sus modales y las inflexiones de voz alta y sonora se me habían pegado. »

¿ Y cómo no producirse tal parecido ? El discípulo había entrado joven al servicio y compañía del bravo clérigo, cuando aún las almas juveniles aman y necesitan el dulce calor de los afectos maternos, el bullicioso alternar entre iguales, la turba alegre y extraña al dolor, sin más disciplina que el instinto tiernamente gobernado por sabias mujeres. Todo, pues, había de adquirir esa materia plástica de la niñez, aun « el enojo con la sociedad » para dar una resultante de energía, de orgullo en el esfuerzo, de cierta frialdad de afectos que le restaría el gobierno íntimo de los corazones, concentrando todo el anhelo en el ideal de la patria.

Todavía exacerbaríase más esa energía de solitario, y el niño, al lado de un hombre maduro y bravo, se complementaríase con los mismos fuegos en los andares de una laboriosísima vida.

« Así se ha formado esta educación, lenta y obscuramente, y

no es extraño — dice Sarmiento, refiriéndose al autor de una polémica a quien contesta — que no haya visto nada de esto; porque a más de necesitarse ojos para ver, mis palabras ni ninguna arrogante apariencia en mis exterioridades ha revelado nunca este trabajo interno, obra de paciencia y de una idea fija, llevada adelante, durante veinte años, en despecho de la pobreza, del aislamiento, y de la falta de elementos de instrucción en la obscura provincia en que me he criado. En la infancia, en los viajes, en el destierro, en los ejércitos, en medio de las luchas de los partidos, en la emigración, en fin, no he conocido más amigos que los libros y los periódicos; no he frecuentado más tertulias que las de hombres de instrucción. Mis modales se resisten de esta falta de roce y mis apariencias desmienten todos los juicios favorables que alguna vez arranca una que otra producción literaria. »

Y aquí esta continuación, que es una nota de soberano y noble y legítimo orgullo de Sarmiento solo, aislado, sin amigos, pobre, combatido y combatiente :

« Pero sé que no son muchos los jóvenes de mi edad que puedan vivir solos meses enteros encerrados en un pobre gabinete, profundizando una idea útil, masticándola; que son pocos los jóvenes que sin mendigar la protección de nadie, ni andar prodigando visitas, y sin fortuna, puedan bastar a sus cortas necesidades, y tengan el valor de despreciar las exigencias de la sociedad. »

Ahí está, en síntesis, la vida preparatoria de Sarmiento, la fuente de su ingenio, de la independencia de sus ideas, de las modalidades de su carácter, del temple acerado de su voluntad. Ahí están también las deficiencias que, al restarle afectos, llenarían el vacío con respetos un tanto medrosos a su combatividad, a la alta voz de su decir. Ahí está el molde de un educador de energía, que quiso ser y fué un ciudadano de primera fila, un hombre de gobierno, digno de perdurar en la vida ejemplar de las alturas, sin ambiciones pequeñas, sin el enredo de las tolerancias culpables, ni siquiera con el ovillo de las influencias que simulan dar al que pide procurándolo de manos extrañas mientras se afirman públicamente en las negativas principistas. Él tenía los dedos demasiado recios para tales

sedas de palacio y tales tolerancias de camarada. Todo se insinuaba en su alma; pero la patria del porvenir lo atraía irresistiblemente. Hubiera querido dar un salto, cambiar las almas, reformar los espíritus, destruirlo todo para construirlo mejor; pero, ahí, precisamente, revélase la unidad de su grandeza: tuvo la medida de la acción, la conciencia del momento. Y siendo profundamente orgulloso, no fué su moral la expresión de su orgullo.

Sin ese amor concentrado y resumido en la patria, sin ese corazón alejado de los hombres y elevado a los ideales políticos de la cultura, del progreso y de la civilización que habían de transformar a esta tierra americana, Sarmiento no sería hoy lo que es, un gran hombre, con capacidad para guiar con su espíritu, como no pudo hacerlo cuando su materia palpitaba al lado de las gentes:

Esa es la característica magnífica de su superioridad, cosechada en la brega sin descanso y en el aislamiento «sin amigos».

El gobierno reflexivo de su soledad, la utilización de todos los elementos de su cultura tomados un poco de cada parte y fundidos en un inmenso propósito de nacionalidad, es el secreto de su éxito. La patria «barbara», poblada de «bárbaros», la concebía modificada en culta y poblada de ciudadanos. Llegó a la cima del poder en virtud de sus propias afirmaciones, con las que había interesado la opinión de los hombres, sólo para probar prácticamente que así tenía que ser, y que su propósito era esencial a nuestra existencia como a la esencia de su grandeza.

No tuvo la política de Sarmiento, en nuestro teatro deficiente y turbulento, aquella fase que Thiers descubre en la obra de Talleyrand: «*Aimant à plaire plus qu'à contredire.*» Formado en el dolor y en la miseria; en el aislamiento por las desgracias del hogar, de la patria y de los tiempos; formado para ser, para valer, para actuar, adquirió en lenta fusión de factores y en una brega recia que duró casi toda su vida, la conciencia de su misión y la majestad de los mandatarios de pueblos.

«Jamás se vió mejor — dice Sainte-Beuve hablando de Federico el Grande, — un partido tomado de ser un gran príncipe y

un propósito más firme de hacer superiormente, todo lo que concernía al trabajo de un rey.» Cabe repetir el concepto frente a Sarmiento, porque jamás se vió en nuestra historia una voluntad más firme de hacer superiormente todo lo que concernía al trabajo de un Presidente, prescindiendo de círculos, de partidos, de pasiones; prescindiendo aún de las propias creencias; provocando el debate, manteniéndolo, vigorizándolo para encontrar no la luz simplemente, sino la mejor luz. Se reunió de los talentos más prestigiosos, de los hombres que habían exaltado la propia personalidad en diversos órdenes de la vida intelectual y política, de Vélez Sársfield, de Gorostiaga, de Avellaneda, de Tejedor, de Gainza y siendo él un acusado de autoritarismo y éstos de suficiencia o de carácter inflexible, el chisme político, ni la murmuración palaciega, ni la infidente intriga, dijo jamás que Sarmiento hubiese violentado la conciencia de sus consejeros de Estado ni prestádose a ninguna supremacía que desdorara moral o materialmente la insignia del poder republicano puesta en el pecho de un hombre. Y cuando se despojó de esa insignia en cumplimiento de las rotaciones legales, tan orgulloso de su valer como toda la vida, comprobó que el timbre de su voz era igualmente alto, como cuando hablara en el destierro, y tan libre como en la tribuna del llano. No tenía qué callar, qué ocultar, qué simular: había servido a su patria con lealtad y honradez inalterables, y en ello fundaba su mayor y más soberana satisfacción.

¡El propósito! Ese es el secreto que aquilata a los grandes hombres; la medida que condensa y vivifica todos los valores del intelecto y del corazón; que combina factores y elementos del hombre y del medio para construir entidades morales de vida perdurable en las sociedades humanas, elevándolas sobre el círculo reducido de la familia para incorporarlas en la esencia del alma de una nacionalidad.

¿De qué manera y en qué proporción aumentó el acervo intelectual de la humanidad?

No se ha hecho aún la crítica metódica y científica de sus obras; todavía estamos dominados por la suprema honradez de su voluntad, y sólo se ha hecho el acarreo de la vasta producción para amontonarla en parva. La trilla queda como misión

delicada de pensamiento, para la generación que nos ha de suceder.

Es indudable que el hombre floreció en sociedades incultas que presentan justamente el contraste de su genialidad; pero en medio de ellas había hombres tanto o más preparados que Sarmiento, que sin duda carecieron de esa unidad de anhelos y del propósito que había de caracterizar a éste y exaltarlo. Largas vistas y conocimiento de los hombres, concepciones rápidas y fuerza cerebral metodizada en el estudio no forman la única base de los estadistas: cada una de esas cosas debe entrar con una medida a formar unidad, una armonía que da como resultado, en definitiva, el gran hombre. De esa medida carecieron muchos intelectuales de la época, y la tuvo Sarmiento, además de los vínculos de unión con las muchedumbres, el paralelismo de la psicología individual con la colectiva en cuanto tocaba a sus necesidades, a sus íntimos y recónditos anhelos de cultura.

La pasión más ardorosa que ilumina su vida es por la Libertad, unida a su odio contra los absolutismos. De ahí que toda su producción esté informada en lo mismo, y que Rosas y los caudillos llenen las páginas más hermosas de sus libros de exposiciones políticas y de conclusiones morales. A Rosas lo consideró la más terrible desgracia de América y lo atacó reciamente cuando éste reivindicara para su patria el dominio de las tierras magallánicas que Chile pisó en Punta Arenas. La pasión contra la tiranía le obscureció el horizonte en aquella hora; y él, Sarmiento, como muchos otros patricios argentinos, no vió en Rosas lo que, mirando más hondo en los propios dolores, vió San Mariín cuando le legó su gloriosa espada por defender la integridad territorial de la patria.

El género vituperante fué formidable bajo los puntos de la pluma de Sarmiento; pero aun en él tuvo grandiosos pensamientos de intensa luz social.

En su bello libro *Civilización y barbarie*, rico en colorido, pero indocumentado en cuanto al método histórico, señala con extraordinaria eficacia el mal de la República, ya visto por los patricios de Mayo desde el comienzo de nuestra historia.

« El mal que aqueja a la República Argentina, dice, es la ex-

tensión: el desierto la rodea por todas partes y se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras provincias. Allí la inmensidad por todas partes; inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra, entre celajes y vapores tenues, que no dejan, en la lejana perspectiva, señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo.»

Y después, este paisaje que equivale a un inmenso pensamiento sobre la vida en la llanura de la periferia donde empezaba a andar la cultura desarrollándose hacia el centro.

«En la solitaria caravana de carretas que atraviesa pesadamente las pampas, y que se detiene a reposar por momentos, la tripulación, reunida en torno del escaso fuego, vuelve maquinalmente la vista hacia el sur, al más ligero susurro del viento que agita las hierbas secas, para hundir sus miradas en las tinieblas profundas de la noche, en busca de los bultos siniestros de la horda salvaje que puede de un momento a otro sorprenderla desapercibida. Si el oído no escucha rumor alguno, si la vista no alcanza a calar el velo obscuro que cubre la callada soledad, vuelve sus miradas, para tranquilizarse del todo, a las orejas de algún caballo que está inmediato al fogón, para observar si están inmóviles y negligentemente inclinadas hacia atrás. Entonces continúa la conversación interrumpida, o lleva a la boca el tasajo de carne medio sollamado de que se alimenta. Si no es la proximidad del salvaje lo que inquieta al hombre de campo, es el temor de un tigre que lo acecha, de una víbora que puede pisar. Esta inseguridad de la vida, que es habitual y permanente en las campañas, imprime, a mi parecer, en el carácter argentino cierta resignación estoica para la muerte violenta que hace de ella uno de los percances inseparables de la vida, una manera de morir como cualquiera otra; y puede quizá explicar en parte, la indiferencia con que dan y reciben la muerte, sin dejar, en los que sobreviven, impresiones profundas y duraderas.»

Llama poderosamente la atención, y en estas breves líneas de recuerdo apenas puedo consignar el hecho que Sarmiento

conciba así lo que no ha visto, y lo describa admirablemente, por intuición. Sarmiento había nacido en un valle andino y permaneció en las serranías y en países de montañas los dos tercios de su vida. No había recorrido la Pampa y, no obstante eso, ninguno como él penetró en los secretos de la llanura desierta. Las páginas de esas descripciones son joyas de la literatura argentina que no han sido superadas, y no lo serán ya más.

En todos estos paisajes palpita el alma del que concibió la política como elevada ciencia de los pueblos, como la más alta aspiración del hombre miembro de una colectividad, de una nación. Todo lo penetra y lo analiza para aquilatarlo después, relacionándolo con un programa de acción cívica eficiente. Ese anhelo, que es el propósito del gran hombre, lo revela hasta en sus viajes lejanos. En Europa, como en Norte América, observa y estudia las costumbres y las leyes para discernir las de la patria. Su vida y su obra no es otra cosa que aplicación y construcción, vulgarización y amor a la cultura superior, en una palabra: educativa, de maestro de energía, de hombre grande por el propósito, a quien le cuadra el pensar de Carlyle: « Foco de vívida luz, manantial en cuya margen nos extasiamos, cascada fúlgida abundante en íntima y nativa originalidad, nobleza y egoísmo, a cuyo contacto no hay alma que deje de sentirse en su elemento. »

JOSÉ MANUEL EIZAGUIRRE.